

La última mañana

Antonio Soto

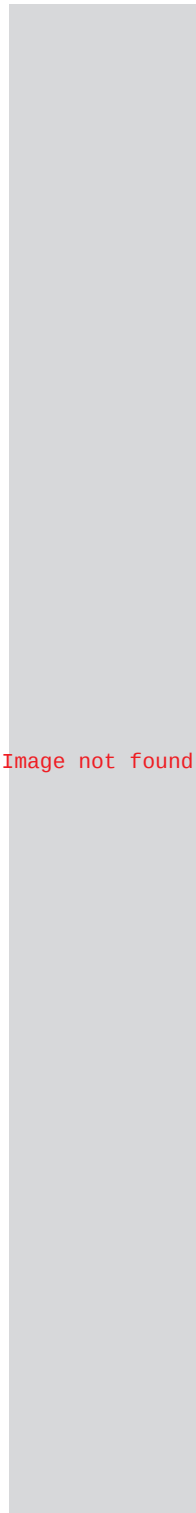


Image not found.

Capítulo 1

Sangre seca

Sangre seca en el piso de tierra. Eso fue lo primero que vi al despertar en este catre quejoso. Con el cuerpo dolorido, trato de incorporarme pero apenas si puedo sentarme al borde de este camastro rancio y apoyar los pies en el suelo frío. Ahí están las manchas de sangre. Mi sangre. Las mismas que debe haber dejado mi cuerpo cuando, en medio de la madrugada y ya inconsciente, fuera empujado aquí dentro como un desecho humano.

Recuerdo la noche como una pesadilla de golpes y torturas. Un golpe no es tortura, pienso, es solo un golpe y como tal se olvida pronto y apenas si queda alguna marca que se desvanece rápido. En cambio la tortura persiste, es una marca que perdura más allá del momento en que se infringe al cuerpo, queda como fisura en el lente con que percibimos al mundo. Y en esta noche larga, en la que no solo me han golpeado, no pudieron quebrarme la voluntad.

Ahora, que voy despertando con el frío de la mañana y contemplo la estepa iluminada por el sol rasante, comienzo a ver todavía más claro que mi destino no debería ser esta celda helada que me mantiene aislado de mis pares. Esta realidad que me ha sido impuesta, este encierro que Don Braun ordenó, mis compañeros encarcelados y los que han sido fusilados por las balas del pelotón, nada de todo esto debería estar ocurriendo.

Tal vez esta sea mi última mañana. Es posible que de un momento a otro vengan a buscarme para cruzarme el pecho a balazos y luego reír creyendo haber terminado con este problema del obrero que pretende discutir las condiciones de trabajo. Me conforma pensar que alguien, algún día y en algún lugar, seguirá con esta lucha. Esta lucha que solo se pierde si se abandona, esta lucha que es tan justa y necesaria como cualquier otra que tenga como horizonte la igualdad entre los hombres.

Observo mis manos cortajeadas. No recuerdo cómo me han hecho estas heridas. Sé que deliré, que sangré mucho y hasta lloré, pero no es menos hombre el que llora, sino el que se arrodilla dándole la razón al opresor. Me equivoqué aquella noche en que desoí a mis compañeros. Algunos de ellos insistían con que esto pasaría y yo elegí no creerles, confiando en el buen modo de Don Braun, que aunque fuera por respeto a sus propios

hijos no se atrevería a repartir palos y balas entre sus trabajadores.

Me pregunto cuándo empezó esta historia, si habrá sido cuando cuando aceptamos trabajar para estos oligarcas o cuando nos reunimos por primera vez, hace tres meses, en aquel galón helado a compartir nuestro descontento. Me acuerdo de que aquella tarde, el primero en hablar fue el Vasco. "Compañeros, así no vamos bien", había dicho.